

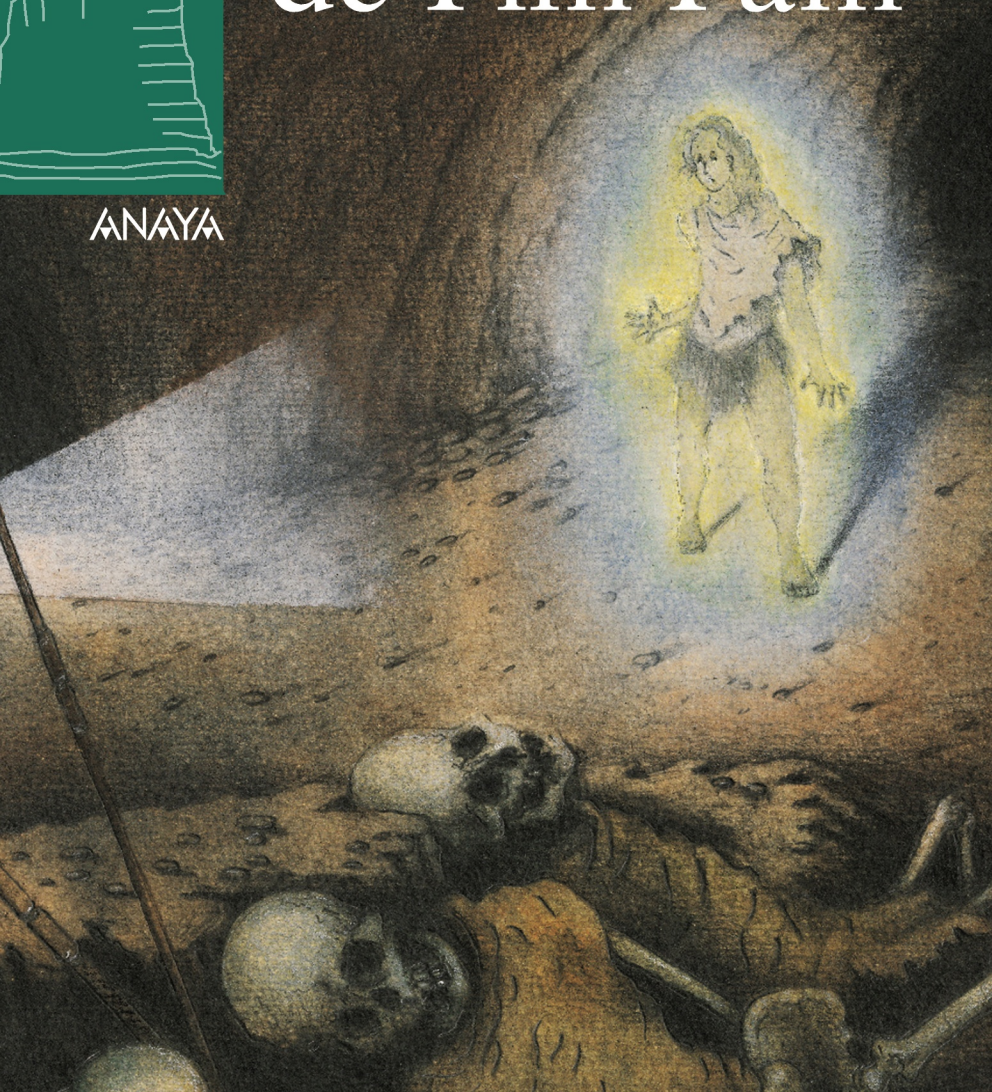


EL VOLCÁN

Miguel Ángel Guelmí

La cueva de Pim Pam

ANAYA



1

Le encantaban los sitios nuevos, saberse perdida por un momento y convertir un espacio pequeño en un universo. Sin duda, aquella no era su habitación. Salió al corredor, su madre le había dicho: «Es grande y coqueta, con un ropero blanco de pomos dorados». Entró en la contigua, que compartía pared con la que supuso sería para papá y mamá. Un ventanal amplio dominaba la estancia junto a un ropero blanco de pomos dorados.

—¡Qué bonito!

Su mirada recorrió veloz el perímetro y se centró en la ventana. Podía ver la ciudad ahí abajo, dominada por el mar... y el puerto... y el mar de nuevo. Recordó haber oído decir a su abuelo: «Hay canarios que miran el mar y se asustan, Faina, se sienten pequeños, y vuelven su mirada a tierra; pero otros sueñan con

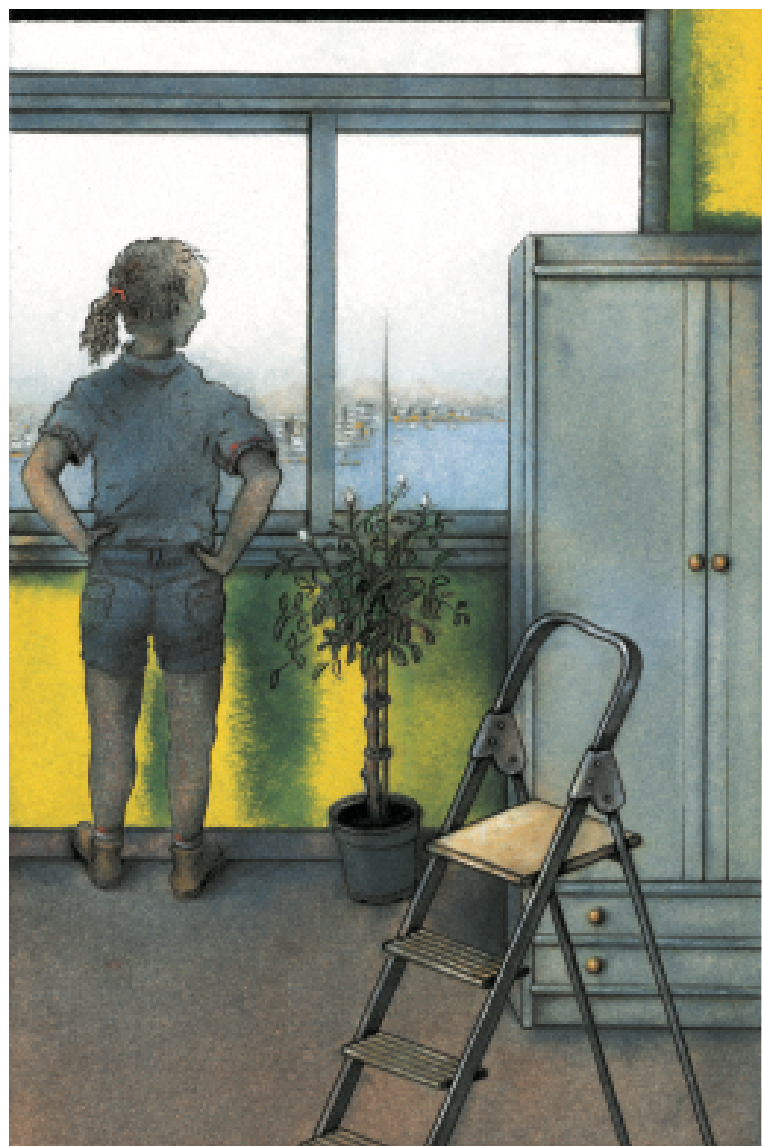
el mar y lo que hay detrás, y quisieran salir y volver luego a contar lo que han visto». Se había aprendido la frase de memoria, como los poemas en la escuela, porque le sonaba mágica, extraña, y eso le gustaba.

Oyó la voz de su padre, que desde el piso inferior la llamaba. Echó una última mirada, abrió una puerta del ropero, colocó una pulsera en su interior y dijo:

12 —Ve llenando esta habitación de mí, dale vida —y salió escaleras abajo.

Faina y su familia se mudaban. Su padre, don Francisco, Pancho para los amigos, era médico cardiólogo. Su madre, Carmen, era maestra. Antes vivían en el barrio de Los Arenales, en pleno centro de la ciudad. La casa se les había quedado pequeña. Los dos procedían del campo y había llegado el momento, después de mucho ahorrar, de buscar algo más grande con un poco de tierra y flores. «Alegrar el alma es alegrar el cuerpo», decía su padre.

A Faina la ciudad no le gustaba. Suponía muchas fronteras (tráfico, ruido...) y pocos amigos. Por otro lado, el colegio le absorbía mucho tiempo. Esperaba ansiosa los fines de



semana. Subir a Agaete, ver a la abuela María, a sus amigos...

—¿Qué, les gusta la casa? —preguntó la madre a los dos hijos. Daniel, el hermano de Faina, contestó que no mucho. No había tiendas cerca donde poder comprar estampas ni golosinas. Don Francisco se echó a reír.

—Tendremos que poner remedio a eso. ¿Y a ti, guapa? —dijo.

Faina observaba los ojos de su padre, viendo en ellos el brillo de la ilusión. Sonrió y asintió.

—Lo nuevo siempre es bonito, y con mi familia más.

Antes de marchar salieron al jardín. Mientras el padre y la madre cambiaban impresiones sobre si colocar en este o aquel sitio un papayero o un guayabo, Faina volvió a mirar la ciudad y el mar...

La nueva casa, o mejor, chalecito, estaba situada en la subida de San Antonio, en un montículo que dominaba amplias vistas. Al ser una zona en edificación había bastantes solares cerca. «Esto es una especie de medio campo», pensó.

Estaba en estas tribulaciones cuando oyó voces que venían del chalecito contiguo. Un

grupo de personas charlaba vivamente en el balcón. «Mis nuevos vecinos», supuso.

—La verdad, Andrés, es que tienes suerte. El banco ha comprado esta casa, que como ves no es ninguna tontería, para que la ocupen los directores provinciales que pasen por Las Palmas. ¡A mí no me tocó esto en mi tiempo! ¡Anímate! Has hecho bien en aceptar el puesto. Después de ocho años me destinan ahora a Barcelona. Alberto, mi antecesor, es director de zona en Madrid. Bueno, tú lo conoces.

El que hablaba era Jaime Torrado, y como él mismo dijo, era el director saliente de una importante sucursal bancaria. El mismo puesto que ocupaba ahora Andrés Fontán. Este había llegado de Madrid hacía dos días, acompañado de su mujer, Belén, y su único hijo. Los tres se sentían extraños. Este cambio, tan de improviso, no lo esperaban. Director de una sucursal en el barrio de Lavapiés. De repente una llamada, unas felicitaciones, hacer maletas y volar a Las Palmas de Gran Canaria.

El hijo se había separado del grupo y deambulaba por la casa. Recordaba a sus amigos, lejos, muy lejos.

—Me he quedado con el balón de Jaime, la película de Alberto... y he dejado prestado el

libro de Livingstone. ¡Vaya desastre! ¡Cambiar en marzo de colegio, de amigos y de profesores! —mascullaba.

Su enfado era evidente, pero en el fondo podíamos encontrar motivos que lo animaban. Nunca había estado en el archipiélago Canario, y si bien era verdad que ya conocía el mar, concretamente el Mediterráneo que baña Peñíscola, este era diferente. Se encontraba en el Atlántico, a un suspiro de la costa africana. Se sintió explorador, aventurero. Recordaba cómo en Castellón había recorrido solo más de una vez el castillo del papa Luna, había tocado con sus manos las piedras frías, llenas de recuerdos. Se había parado en sus habitaciones intentando adivinar los siglos, día a día, año a año, pasando por ellas: piratas turcos que asolaban el Mediterráneo, carruajes con misiones secretas que iban a Roma o a Flandes. La historia, ya lo adivinan, le apasionaba. Su padre lo sabía. Su abuelo había influido decisivamente en su gusto por todo lo antiguo: Egipto, Roma, al-Ándalus...

De repente sintió unas ganas enormes de salir al jardín y ver de nuevo el mar. Al caminar por este, y debido a la falta de vegetación por lo nuevo de las edificaciones, advirtió que una

chica de unos 14 años observaba el balcón donde sus padres y Jaime Torrado conversaban. Se fijó en ella, en su rostro, su piel morena, su pelo negro, sus ojos, que se le antojaban verdes. Era muy bonita. Eso le alegró aún más el corazón.

Faina se percató de su presencia. El muchacho caminaba en dirección a la baranda que daba vistas a la calle y a la ciudad entera.

—Hola. ¿Vives ahí? —preguntó el chico.

—Sí, bueno, no. La semana que viene sí —contestó titubeante ella—. Hoy hemos venido a verla. Quedan algunas cosas, pero mis padres están deseando mudarse. ¿Y tú?

—Nosotros también nos mudamos, aunque no sé el día exacto. Ahora vivimos en un hotel. Venimos de Madrid. Volvemos el viernes para organizar la mudanza. Supongo que estaremos de vuelta el lunes o el martes. Mi nombre es Damián.

—Yo me llamo Faina... ¡De Madrid!... De la capital del Reino, de la Corte, como dice mi padre. Nunca he estado allí. Mis padres sí. La conozco por fotografías y postales: el Retiro, el Museo del Prado... Mi padre, que colecciona las cosas más raras, tiene en su escritorio una piedra que se trajo de Aranjuez. Una pie-

dra normal, cogida del suelo en los jardines del palacio, una vez, hace tiempo, en su primer viaje, cuando conoció el pueblo y sus fresas con nata. Y también tiene otra que se trajo de los Pirineos.

Damián comenzó a reír.

—Bueno, mientras no le dé por tirar piedras a los aviones o coleccionar tapas de alcantari-llas va bien, je, je...

18

El semblante de Faina cambió. Se sentía ridícula por haber confiado a un extraño secretos de su padre.

—Eres bobo —dijo, mientras le daba la espalda caminando hacia la casa.

—Oye, perdona. Era una broma —gritó Damián.

Faina no volvió la cara.